



“SANTA CRUZ ERA UNA FIESTA”.

LA FIESTA EN EL ORIENTE DE BOLIVIA

Alcides Parejas Moreno / Bolivia

INTRODUCCIÓN

La frontera

Para poder comprender en su justa dimensión la acción de España en América que da como resultado el nacimiento del mundo mestizo americano, resulta por demás pertinente recurrir a Guillermo del Castillo: “La continua presencia de europeos en América a partir de 1493, siempre reforzada por la emigración ininterrumpida, hace que el Nuevo Mundo se convierta en una frontera de Europa. Nótese que empleamos el término **frontera** con el preciso significado que tiene en la historiografía norteamericana: espacio geográfico en el que un pueblo en movimiento entra en contacto con otros de cultura muy diferente a la de aquél. Frontera es, al mismo tiempo, el proceso de interacción entre esos pueblos y sus respectivas culturas, que en mayor o en menor medida quedan influidas unas por otras. Como proceso temporal o histórico que es, la frontera se inicia con el primer contacto entre los pueblos que son sus protagonistas; se desarrolla a medida que la interacción entre esos pueblos evoluciona; se intensifica y acaba por definirse en una forma de convivencia relativamente estable; se concluye cuando una única autoridad política se impone de forma duradera en la totalidad del espacio de que se trate, y el otro u otros pueblos se someten, huyen o desaparecen. La frontera que se acaba o cierra en su lugar se abre en otro, si el pueblo que la inició con su movimiento continúa desplazándose, hasta el instante en que ese dinamismo cese. La emigración europea a

América hace, pues, que aparezcan sucesivamente una serie de fronteras en constante desplazamiento espacial; las últimas permanecen aún vivas en nuestros días¹”. Más adelante, y para mejor comprender este concepto, el mismo Céspedes dice que “la frontera llegó a ser una forma de vida para los cristianos: lugar donde se vuelcan los excedentes de población y se alivian las presiones demográficas; oportunidad de saneados negocios sobre la base de arrebatar al moro cualquier riqueza transportable o semoviente; espacio donde, asumiendo ciertos riesgos, es posible obtener tierras de cultivo sin más que apropiarse las que están abandonadas o se disputan al musulmán; escuela militar y de promoción social, donde el guerrero afortunado puede corregir riquezas e incluso ser premiado con blasones y títulos nobiliarios. En la frontera vive y triunfa el Cid Campeador, arquetipo del hombre que alcanza poder y riqueza con sólo su esfuerzo, cumpliendo por añadidura su propio código moral de honradez y lealtad. Nace allí, asimismo, otro poderoso mito popular: el de Santiago matamoros, divino caballero que ayuda a los cristianos en todas las batallas decisivas. En éstas surgen otros mitos de origen popular, como los de reconquista y cruzada, que se convierten en fuerzas políticas y originan la hegemonía social de sus respectivos agentes, la nobleza y el clero²”.

Pero los frutos de la **frontera** no se limitan a los cambios históricos y culturales, sino que también se manifiestan en lo biológico y lo ecológico, provocando en ambos casos verdaderas revoluciones. Para poder comprender este concepto es preciso mirar hacia atrás, hacia el medioevo. América viene al mundo, desde la óptica europea, en la

época que corresponde al Renacimiento; sin embargo, ha tenido una Edad Media hispánica, con las mismas características que en la península: la del espíritu que le infunden sus pobladores. A este respecto, Claudio Sánchez Albornoz dice que “América fue descubierta, conquistada, colonizada, cristianizada y organizada como proyección de la singular Edad Media que padeció o gozó España... Fue el descubrimiento fruto de la apetencia castellana de extender el dominio de la fe cristiana y de la soberanía de Castilla allende los mares en misteriosas tierras ignotas. Y fue la conquista proyección de la singular Edad Media de Castilla, centrada en el tríptico que podríamos definir con tres infinitivos: luchar, rezar, avanzar; luchar para recuperar el solar de España; rezar para pedir a Dios auxilio en la batalla y para agradecerle la victoria, y avanzar colonizando con nuevos pobladores cristianos las tierras ganadas al Islam. Este tríptico preside al cabo nuestras gestas colonizadoras de este lado del mar. La conquista –termina Sánchez Albornoz– no fue un paso de ballet; fue bárbara y brutal; pero no había libertad de opción³...”.

LA CULTURA AMERICANA

España trajo a América, a través de la espada y de la cruz, la cultura europea, que es producto de la cultura greco-latina que se cristianiza y que toma elementos de cada región del Viejo Mundo. Los conquistadores, por tanto, ya sean civiles o clérigos, son portadores de la cultura europea, pero a través de la óptica hispana. Esta cultura llega a América en pleno Renacimiento, pero preñada de las ideas y del espíritu de la Edad Media hispana. La cultura hispánica llega a tierras americanas en son de conquista: de acuerdo al derecho internacional de la época, llega munida de unos “justos títulos” que la convierten ante los ojos del mundo –los ojos de Europa, el continente hegemónico– en dueña y señora. Pero resulta que la nueva tierra adquirida –que no es nada menos que un inmenso continente– está poblada por una enorme diversidad de pueblos entre los que se cuentan una bien estructurada confederación al norte, a cuya cabeza está la fabulosa ciudad de Tenochtitlán; un inmenso imperio al sur, que ha conseguido el pueblo quechua en base a la fuerza; pueblos en la costa, en la selva, en los altiplanos. Por otra parte, geográficamente se presenta como un continente doble y aislado en el que la geografía europea es como un ingenuo juego de niños: estremecido por las alturas de una cadena montañosa que la recorre de norte a sur, a lo largo de la costa del Pacífico, donde se alcanzan alturas que oscilan entre los 5.000 y 6.000 metros; asimismo enormes planicies y nieves eternas; mientras hacia el este

dan las inmensas e inacabables llanuras que están cruzadas por caudalosos ríos.

Para poder llevar adelante su cometido el conquistador usa la fuerza, pero para poder sobrevivir en este nuevo medio, absolutamente desconocido y hostil, va a tener que recurrir a las culturas de los pueblos con los que se enfrenta. Por tanto, en cierta forma este conquistador que impone por la fuerza su cultura, con todo lo que esto trae consigo, resulta siendo “conquistado”, dando así lugar a un proceso de aculturación, tal vez el más grande de la historia de la humanidad. El clero fue, sin lugar a dudas, quien contribuyó más eficazmente que cualquier otro elemento social a transmitir a los indígenas la civilización occidental, a integrar a la población india a la cultura europea. Esta integración tal vez hubiera sido más fácil si una parte de la elite india no hubiera sido eliminada durante el período de conquista. Sin embargo, aunque se da un proceso de influencia cultural mutua entre la cultura conquistadora y las conquistadas, hay que reconocer que éstas pasaron a segundo plano, en razón de la superioridad técnica europea. En pocos decenios España trasplanta a América la cultura que Europa había adquirido en siglos, y esta cultura penetró en América sobre todo gracias a la acción de la Iglesia.

Los elementos de la cultura europea se fueron imponiendo en la medida en que se presentaban nuevas necesidades. Si bien es cierto que en un primer momento la tecnología europea se impone sobre la indígena, en la medida en que el indio y el mestizo van adquiriendo experiencia y fuerza (en definitiva, en la medida que se han aculturado) van introduciendo elementos propios de sus respectivas culturas y, sobre todo, su estética. Así, por ejemplo, el arte del Renacimiento, que utiliza la bóveda (que es una novedad en América, con excepción de los mayas y aymaras), sustituyó con ventaja la arquitectura indígena que tenía escasos espacios cerrados amplios, en cambio resulta magistral en el dominio de los espacios abiertos. Sin embargo, la necesidad de una evangelización masiva va a llevar a “desempolvar” el uso del atrio y a crear otros espacios que resultan totalmente americanos: las capillas posas y las capillas abiertas. Además, poco a poco el indio pasa de ser simple mano de obra a artesano, a artista: introduce elementos que le son propios creando lo que se ha dado en llamar el estilo mestizo. Otro tanto ocurre con la pintura, la escultura, la música, el teatro, elementos que el misionero utilizó hábilmente como vehículos de evangelización y que pronto adquirieron carta de ciudadanía americana. No cabe duda de que en el proceso de creación de la cultura americana hay violencia, tanto física como psicológica. Pero también es necesario decir que este proceso tiene dos vertientes que

son simultáneas y se entrelazan: la biológica y la cultural. No se puede ignorar estas dos dimensiones si se quiere llegar a una comprensión real de lo americano. Lo biológico no sólo se determina por el cruce entre el conquistador y el colonizador y las indias americanas, sino en el lento y penoso proceso de adaptación del indio a las enfermedades que trajo consigo el conquistador y para las cuales no estaba preparado.

La cultura americana arranca de las profundidades de la Edad Media hispánica y se gesta en el Renacimiento y el Barroco que fueron traídos por los conquistadores; la cultura americana nace bajo el signo del cristianismo, que desde los inicios está presente en este largo y penoso proceso de conquista y colonización; la cultura americana, por otra parte, tiene un componente indio –el otro gran protagonista del proceso– que participa activamente, aunque sea el conquistado; el proceso de la cultura americana, finalmente, va acompañado de un proceso biológico, al que está indisolublemente unido. Sin estos componentes no se puede entender en su justa dimensión lo americano.

La cultura americana no es europea ni india: es **mestiza**, es una nueva manifestación que hunde sus raíces en Europa y América. Tal vez uno de los mayores dramas que sufre nuestro continente es asumir plenamente esta realidad, nuestra condición de mestizos, que es donde precisamente radica nuestra singularidad, nuestra fuerza. En 1970 el mexicano Carlos Fuentes escribió una bella obra de teatro que sugestivamente tituló *Todos los gatos son pardos*. En una forma poética y realista el autor relata el choque entre dos mundos a través de dos de sus principales protagonistas, Cortés y Moctezuma. La obra se cierra con un parlamento de Marina, la *Malinche*, la india que fue dada a Cortés y se convirtió en su amante. Cuando está dando a luz grita: “...adorado hijo mío, sal ya...cae sobre la tierra que no es mía ni de tu padre sino tuya... Tu, mi hijo, serás mi triunfo: el triunfo de la mujer⁴...”. Para Fuentes América es la mujer, el ser capaz de engendrar y dar a luz la vida; el ser mestizo que da a luz –no importa si fruto de la violación o no– es su triunfo, porque es un ser nuevo que heredará la tierra que fue hollada por su padre y era posesión de su madre.

“SANTA CRUZ ERA UNA FIESTA”

Cuando en el primer tercio de siglo el viajero francés Alcides d’Orbigny visitó Santa Cruz de la Sierra escribió: “*Santa Cruz era una fiesta!*”. A simple vista esta apreciación del sabio francés puede parecer una frivolidad; sin embargo,

se trata de uno de los acercamientos más correctos que se han hecho al alma cruceña.

La alegría del cruceño es producto de un largo proceso iniciado el 26 de febrero de 1561, en el que han influido, en mayor o menor medida, diferentes factores. El primero, sin lugar a dudas, el medio geográfico, la naturaleza: Santa Cruz de la Sierra fue fundada en un lugar donde la naturaleza es pródiga y generosa; gracias a ello, la gobernación y su ciudad capital pudieron sobrevivir 400 años de aislamiento y postergación. También gracias al milagro de la naturaleza el cruceño aprendió a vivir con alegría, porque a pesar de que algunas veces sus excesos causan estragos, nunca la miró como algo hostil sino como parte de sí mismo.

Una buena parte de la acción evangelizadora que se desarrolló en esta región se debe a la acción de la Compañía de Jesús, tanto en la ciudad capital como en las llanuras de Moxos y Chiquitos. Los jesuitas, por lo menos en lo que a la gobernación cruceña respecta, impusieron un estilo de evangelización que tiene como característica fundamental la alegría. Esto se puede observar fácilmente cuando se entra a un templo chiquitano: en él nos encontramos realmente en la Casa de Dios (*Domus Dei*) en la que no hay dolor, pues incluso las escenas del Vía Crucis han sido reemplazadas por angelotes regordetes y sonrientes; por otra parte, la música barroca misionera, importantísima en la evangelización, es alegre y desenfadada. Después de visitar Chiquitos el investigador español José de la Sota me decía: “Los templos son *casas de Dios*, luminosos y bellos, y sus entradas *porta caeli*, las puertas del cielo. La pasión y la muerte de Cristo pasan a un segundo plano más metafísico del que apenas se tienen referencias; el Vía Crucis es sustituido por angelotes amables y risueños y la pintura y escultura que adorna los templos son santos y vírgenes, no representación escénica de hechos o ideas. En este plano la música juega un papel fundamental, es la manifestación de la *Gloria Dei*, es David cantando y bailando, y son los salmos, frente a la cantata o la misa, su mayor expresión”. Esto, qué duda cabe, fue una influencia decisiva en la conformación del *ser cruceño*, que es tan poco dado a la dramatización y al dolor, a diferencia de los habitantes de la Bolivia andina.

Por otra parte, y nuevamente a diferencia de la Bolivia andina, los jesuitas utilizaron en Moxos y Chiquitos la danza también como elemento de evangelización, lo que indudablemente contribuye a que el proceso evangelizador sea amable y alegre. Este fenómeno puede ser atribuible al misionero suizo Martin Schmid sobre la base de dos datos. Por una parte, Schmid permaneció dos años en Sevilla antes de pasar a América; en esta ciudad debe

haber visitado su soberbia catedral y en ella haber asistido al inusitado espectáculo, único en el mundo católico, en el que un grupo de niños –los *Seises*– bailan delante del Santísimo Sacramento, sobre todo en la festividad de Corpus Christi. Por otra parte, en carta dirigida al P. Schumacher, de 10 de octubre de 1744, el misionero dice: “Vivo y gozo de una salud buena y estable; llevo una vida alegre y hasta amena, pues canto –a veces a la tirolesa–, toco todos los instrumentos que me gustan y bailo también en rueda, por ejemplo la Danza de las espadas. Pero, qué dicen los superiores de esta vida?, preguntará Vuestra Reverencia. Yo respondo: Si soy misionero es porque canto, bailo y toco música... Acabo de decir que no sólo canto y todo mis instrumentos sino que también bailo. Para que Vuestra Reverencia no censure demasiado el baile del misionero, le recuerdo otro pasaje de la Sagrada Escritura: Cuán hermosos son los pies de los evangelistas. No sé si Vuestra Reverencia sabe que los españoles festejan sus más altas fiestas religiosas no sólo con canciones, sino también con danzas, imitando el ejemplo de David. Los hijos de los indígenas aprenden con facilidad el arte de bailar⁵”. La incorporación de la danza en Chiquitos se extendió a las misiones de Moxos, donde actualmente se conserva el baile de Los Macheteros, que debió ser el equivalente de los *seises* de la catedral de Sevilla: un grupo de hombres con magníficos tocados de plumas y vestidos con *camisetas* que danzan delante del Santísimo Sacramento.

Cuando hablamos de **alegría** la entendemos como una categoría cultural. No se trata de una alegría circunstancial ante un estímulo, sino de “una manera de entender la vida” en una sociedad que se caracteriza por carecer de lo superfluo. Así, pues, el **barroco chiquitano**, caracterizado por la alegría como elemento cultural, rebasó las fronteras chiquitanas después de la expulsión de los jesuitas e “invadió” la cultura cruceña. En este choque se produjo un interesante proceso de aculturación: la cultura de frontera cruceña fue notablemente influida por la chiquitana, y uno de los elementos que ha prevalecido hasta nuestros días ha sido la alegría.

LA FIESTA EN EL ORIENTE BOLIVIANO

En el siglo XIX dos viajeros franceses visitaron el oriente de la nueva república de Bolivia, se trata de una región casi totalmente aislada de las tierras altas –tanto por la distancia como por la ausencia de caminos–, donde residía el centro del poder político y económico. La ciudad de Santa Cruz de la Sierra, la capital del departamento

de Santa Cruz, era el centro urbano más importante de toda la región y era sede del obispado. Los datos que nos han dejado estos dos viajeros no sólo están relacionados con lo científico y lo económico, sino también referidos a importantes categorías culturales, como la fiesta.

Alcides d’Orbigny visitó una gran parte del territorio de Sud América. De 1826 a 1833 realizó el viaje por la América meridional. Después de una estadía en Buenos Aires y de cruzar el estrecho de Magallanes, llegó a Bolivia entrando por el puerto de Cobija. Después de recorrer La Paz y sus alrededores, así como Cochabamba y algunas de sus provincias, llegó a Santa Cruz de la Sierra en noviembre de 1830, cuando estaba por cumplir 28 años, ciudad en la que permaneció una buena temporada, debido a la época de lluvias. Francis de Castelnau, por su parte, llegó a tierras americanas encabezando una misión –auspiciada por la casa de Orleans y el Museo de Historia Natural– para hacer un reconocimiento de la cuenca amazónica y estudiar su potencial económico. Ingresó a Bolivia por el Matto Grosso y llegó a Santa Cruz de la Sierra en 1845, cuando tenía 33 años, ciudad en la que permaneció poco tiempo.

Aunque los dos viajeros eran jóvenes cuando llegaron a Santa Cruz de la Sierra (d’Orbigny con 28 años y Castelnau con 33), las diferencias de apreciación entre ambos son notorias. Mientras Castelnau se muestra distante y crítico en el que constantemente deja ver un profundo etnocentrismo, d’Orbigny no sólo se despoja de sus prejuicios culturales y se enfrenta a la cultura americana con rigor científico, sino que lo hace con amor.

La ciudad

“Creo que existen pocos lugares –dice d’Orbigny– en que la vida transcurra con placidez mayor que en Santa Cruz... Visitas y fiestas son las ocupaciones principales⁶”. Más adelante hace la siguiente descripción de la ciudad que consigna con 3908 habitantes: “Con excepción de la casa del jefe de policía, las casas sólo tienen una planta baja; todas cuentan con galerías exteriores, destinadas a protegerlas de la lluvia y las paredes son de tierra y carpintería. Están mal alineadas y su altura varía mucho... Las calles están bastante mal trazadas y carecen de pavimento, las cubre una arena movediza donde las piernas se hunden hasta la mitad, tanto cuando llueve como en época de sequía⁷”. Dice, además, que en la ciudad hay “tres clases distintas, aparte de los negros”: españoles, mestizos e indígenas. Los “españoles”, dice, son “descendientes casi todos de los compañeros de Ñuflo de

Chaves, por su alejamiento de las ciudades comerciales conservan hasta el presente la simplicidad de costumbres característica del siglo XVI y llevan al extremo su hospitalidad⁸". Desde el primer momento el joven d'Orbigny está dispuesto a integrarse a la vida cruceña y ser parte de ella.

Castelnau, por su parte, quince años más tarde es más severo y crítico dice que "si bien Santa Cruz de la Sierra estaba perdida en los confines de Bolivia, ésta era, sin lugar a dudas, la ciudad más civilizada que habíamos visto desde Ouro Preto" (el recorrido de la región de Matto Grosso fue realmente dura); sin embargo, más adelante dice que "a pesar del puesto que ocupa dentro del país, sus calles están mal alineadas y se siente la ausencia de adoquines...las casas no tienen buena apariencia y no existe un solo edificio público importante...Esta ciudad abandonada, por así decir, en los confines de la civilización, presenta para el viajero temas de estudio interesantes. Casi toda su población está compuesta por mujeres y su voluntad es ley⁹..."

Castelnau se sintió agredido por la extrema amabilidad de las mujeres y se negó a participar en muchos de los "juegos" que tenían las cruceñas como el tirarse limones; así lo confirma cuando dice que "la llegada de un viajero es la gran noticia del día: inmediatamente se organiza una cruzada contra este desafortunado; sus más mínimas acciones son cuidadosamente vigiladas, incluso la inquisición se avergonzaría por no haber inventado ni la mitad de estos medios de espionaje que la vanidad femenina ha sabido descubrir¹⁰". D'Orbigny, a diferencia de Castelnau que estuvo poco tiempo en la ciudad y estuvo permanentemente a la defensiva, trata también este tema, pero no de forma tan áspera; dice que en poco tiempo llegó a tener una excelente reputación como bailarín, "cosa de no desdeñar en un país donde el bello sexo reina despóticamente en toda la sociedad, y dicta, por así decirlo, sus leyes a todas las autoridades"; por otra parte, afirma que fue tan bien recibido por las mujeres "que entrevía la estada más agradable en la ciudad donde debía pasar la estación de las lluvias¹¹". Mientras Castelnau dice que las cruceñas "en general, sin ser sobresalientes desde el punto de vista de la belleza, son graciosas y condescendientes; sólo buscan gustar y generalmente lo consiguen¹²...", d'Orbigny se refiere a ellas de la siguiente forma: "las mujeres son bonitas por lo general, de hermosa talla, llenas de gracia, amigas de los bailes y diversiones sobre todas las cosas. Gentiles en la vida social y muy espirituales por naturaleza, tiene la réplica pronta de las meridionales y una conversación tanto más vivaz por sentirse libres de las severas conveniencias que encadenan a nuestras damas europeas¹³".

Las fiestas se hacían en el salón de la prefectura cuando se trataba de una fiesta oficial en la que el prefecto era quien invitaba o en casas particulares. "Casi todas las casas –dice d'Orbigny– tienen una sala amoblada con grandes sillones o sofás de madera, a la moda del siglo XV, rara vez tapizados de cuero, a veces también se cuelga la hamaca en la sala. Es el lugar de las recepciones, la pieza donde se instalan las damas para platicar con sus visitas o por la ventana con los transeúntes, como si todos fueran de una misma familia. En Santa Cruz no se conocen muebles rebuscados ni pinturas. En los interiores resalta la mayor sencillez; nada les ha llegado de las comodidades europeas y pareciera estarse tres siglos atrás¹⁴". Lamentablemente no hace una descripción de la casa prefectural, pero es de presumir que no se trataba de un salón más amplio que el de las casas particulares, sino que tenía otras estancias en las que se preparaban las comidas y bebidas y en las que los hombres se cambiaban de traje, como se verá más adelante.

TIPOS DE FIESTA

De acuerdo a los datos de las dos fuentes se pueden establecer los siguientes tipos de fiestas: fiestas oficiales, fiestas particulares, fiestas religiosas y el carnaval.

Fiestas oficiales

Parece que con bastante frecuencia el prefecto –que era la autoridad más importante en toda la región y, por supuesto en la ciudad, por ser el representante del poder ejecutivo– organizaba fiestas, a las que estaban invitados toda la gente "bien" de la ciudad. Además de festejar las fechas históricas, la llegada de un forastero, por ejemplo, era un buen pretexto para organizar un baile. "Al llegar la noche –advierte Castelnau para que el viajero tome sus precauciones– usted será invitado al baile, pues como esta república ha dejado de lado todo lo que refiere a la política, el baile se ha convertido en un derecho común¹⁵". Estas fiestas tenían una etiqueta que se cumplía al pie de la letra. Las fases del baile, que se iniciaba a las 8 de la noche, eran las siguientes:

1. Apertura

Dentro de la pobreza que existe en la ciudad, el salón prefectural se vestía de gala. En el salón habían escasas sillas para que descansaran las señoritas; las

mamás de las bailadoras y la gente mayor estaban sentados en una sala contigua desde donde se podía ver la pista de baile y seguir cada uno de los incidentes. En un rincón del salón o tal vez en una sala contigua se acomodaba la orquesta, que necesitaba un espacio considerable pues, de acuerdo a d'Orbigny, estaba compuesta por veinte músicos.

El baile se inicia con una *contradanza española* y el prefecto es el que abre el baile. Ambos autores coinciden en el hecho de que para las jóvenes asistentes era muy importante bailar esta primera contradanza. “No perder la primera *contradanza* es de gran interés para las jóvenes –dice d'Orbigny–. Cuando se prepara un baile, emplean todos los medios para asegurarse esa prioridad tan envidiada, haciéndose invitar una semana antes. Las cruceñas, si pudieran elegirlo, preferirían permanecer todo el tiempo sin invitación, antes de dejar de abrir el baile¹⁶”. Castelnau aunque no se refiere específicamente a la danza de apertura, dice que para las cruceñas “no fallar a ninguna *contradanza* es también objeto de intrigas dignas de experimentados diplomáticos¹⁷”. A la *contradanza española* le sigue el *vals* que eleva la temperatura del salón.

Este baile tiene lugar en el mes de noviembre, en pleno verano. El calor debió ser sofocante, agravado por las lluvias que ese año fueron copiosas. Sin embargo, los caballeros asisten siguiendo la más estricta etiqueta: trajes formales oscuros. Las contradanzas y los vals debieron caldear el ambiente y sofocar a los bailarines.

2. Cambio de traje de los hombres

Para la apertura de baile, como se acaba de indicar, los hombres llevan trajes oscuros de etiqueta. Después del vals los hombres pasan a otra habitación para “dar sus trajes a sus criados y ponerse una chaqueta blanca” que los libera de la ropa oscura. Es en este momento que se sirve la refrescante *chicha cruceña*, hecha de maíz, pero a diferencia de la andina no es fermentada; asimismo se invita a los asistentes cigarrillos “hechos de paja de maíz”, servidos en bandejas de plata. La *chicha cruceña* mitiga la sed y el calor y los cigarrillos ayudan a aplacar los nervios de las debutantes. La danza que corresponde a esta fase es la *mariquita*, que al decir de d'Orbigny, es “un baile vivo y alegre... Un caballero invita a una señorita, se colocan uno frente a la otra, con un pañuelo blanco en la mano. El cantor empieza a entonar coplas de la más rara ingenuidad... Los dos bailarines agitan sus pañuelos con gracia, golpean los pies a medida, avanzan, retro-

ceden, parecen huir, se cercan, giran de un lado a otro. Los asistentes golpean las manos en cadencia y el baile termina”. Se trata, sin lugar a dudas, de una danza de gran sensualidad en la que el pañuelo –que es una invariante en las danzas mestizas de Latinoamérica– es un importante aliado tanto de ellos como de ellas. Es el momento oportuno para escuchar las coplas, pues todavía no se ha pasado al consumo de bebidas alcohólicas, por tanto los asistentes pueden apreciar la picardía de éstas.

Después de la *mariquita* se suceden una serie de danzas que no son del total agrado de los cruceños. El *vals*, el minué (“este baile serio está poco de acuerdo con el carácter alegre de los habitantes”), la *gavota*, el *ondú* (“verdadero bolero español que se baila con castañuelas y en el cual las mujeres sacan gran partida de su ligereza y encantos naturales”), y el *chambé* (“introducido por los colombianos, es bastante monótono y poco elegante¹⁸”). Como siempre d'Orbigny es un fino observador, pues rápidamente se da cuenta que los cruceños y las cruceñas prefieren las danzas con más movimiento en la que los bailarines tienen mayor libertad de movimientos. Esta fase, en la que tal vez por el ritmo de las danzas se presta para el coqueteo y el establecimiento de una relación, dura hasta las 11 de la noche.

3. La hora del chocolate

Para retomar fuerzas a las 11 de la noche se ofrece a los asistentes chocolate caliente y dulces, que previamente se enjugan el sudor. “Se distribuyen paños de mano, especie de largas servilletas adornadas de franjas y se sirvió una taza de chocolate y bombones, que los caballeros se apresuraron a llevarles. También ellos cargaron una gran fuente de plata, cubierta de confituras, que sirvieron a las damas...” El chocolate caliente cerca de la media noche es una tradición llegada de España y que se ha conservado en nuestros países hasta hace muy poco tiempo.

La hora del chocolate significaba simplemente una pausa, pues la orquesta volvía a arremeter nuevamente con una gran variedad de danzas¹⁹.

4. La hora del ponche

Nos estamos acercando a la media noche. Llega la hora del ponche, con lo que el baile da un cambio radical, “la reserva y la etiqueta se alejaron por

completo”, dice d’Orbigny. Mientras éste habla de ponche, Castelnau dice que lo que beben en esta fase es ron, lo que llama la atención, pues no es una bebida propia del lugar. De todas formas los dos viajeros están de acuerdo al decir que son las mujeres las encargadas de hacer beber a los hombres. “Una mujer lo hacía llamar –dice Castelnau– y lo obliga a tomar la misma cantidad de vasos de licor que ella podía tomar²⁰”. D’Orbigny dice que el invitador es el varón y hace una descripción mucho más amplia. “En Santa Cruz no se sirve como en Francia vasos llenos sobre un plato, sino que cada caballero provisto de una jarra y de un vaso y lo vacía de un solo trago, invitando a la dama, que lo hace llenar a su vez de la misma cantidad de licor e imita al caballero convidando sea a ese mismo o a otro que llama a ese efecto para mostrarle lo que bebe. Uno se ve forzado a beber sin parar, no pudiendo, bajo ningún pretexto negarse, sin correr el riesgo de pasar por descortés²¹”. Esta es una costumbre que todavía pervive, sobre todo cuando alguna persona llega con retraso a una fiestas y se tiene que poner a tono con lo que todos han bebido, siendo generalmente el agasajado o agasajada el encargado de obligar a beber, al que no se le puede negar so pena de ofensa.

El licor anima la fiesta hasta el punto que “el baile toma un carácter de abandono hasta la locura”. De pronto irrumpen danzas que están muy lejos de las de las fases anteriores. Ha llegado el turno de la *mariquita*, que ahora se baila “con frenesí” y la *rumba*, pero sobre todo del *guachambé*, “un baile parecido al batuqué brasileño, con figuras demasiado africanas y muy poco convenientes, no fue menos ejecutada por algunas personas”. Cuando d’Orbigny dice que el *guachambé* tiene “figuras demasiado africanas” debe estar significando que se trata de una danza muy poco convencional.

El baile se ha adentrado en el nuevo día. Para evitar que los asistentes desertaran se cerraban todas las puertas y a los que se atrevían dejar el baile eran “obligados a beber, los hombres diez y las mujeres seis vasos de ponche cuando fueran alcanzados y convictos de tentativa de evasión²²”. Parece ser que ante tal amenaza nadie osaba intentarlo.

Después de tantas horas de baile ininterrumpido, cuando ya está por amanecer “para dar nuevos bríos a los cansados bailarines, traían una enorme cantidad de pan y queso que, asombrosamente, desaparecía en un segundo²³” y se siguió bailando “hasta el día”.

Fiestas familiares

Cualquier pretexto es bueno para reunirse, dice d’Orbigny, así “la mayor parte del año transcurre en fiestas, visitas y bailes”. Uno de estos pretextos es el cumpleaños de las damas. (curiosamente d’Orbigny hace sólo referencia a los cumpleaños de mujeres). La cumpleañera, a la que las mujeres envían “flores, dulces y licores”, recibe a sus amigas a las 11 de la mañana, pero detrás de las amigas llegan los caballeros. Después de dar el abrazo correspondiente, “comienzan las obligaciones a beber sea vino, sea licores, a menudo hasta producir en la cabeza la más exaltada alegría²⁴”.

Fiestas “religiosas”

A los pocos días de llegar a la ciudad, d’Orbigny fue invitado a la celebración de la primera misa de un joven sacerdote. A la hora de analizar esta fiesta hay que tener en cuenta dos aspectos que le dan un carácter de excepcionalidad: por una parte, se trata de una fiesta que no se repite con frecuencia, menos en un medio en el que las vocaciones sacerdotales eran muy escasas; en segundo lugar, el joven sacerdote pertenecía a una de las principales familias de la ciudad.

De acuerdo a la descripción que hace, se pueden distinguir las siguientes bases:

1. La procesión

Los invitados se reúnen en la casa de la familia del nuevo sacerdote y desde allí se dirigen procesionalmente a la iglesia, “con una orquesta a la cabeza”. Es de presumir, aunque d’Orbigny lo calla, que estos mismos músicos acompañaran el desarrollo de la misa.

2. Besamanos

Después de la celebración de la primera misa, el sacerdote “se colocó en medio de la iglesia, donde todos los invitados le besaron sucesivamente la mano”. En el salón de la iglesia había preparada una mesa “cubierta de bombones, vinos y licores de toda especie, para *tomar las once* antes de almorzar”. *Tomar las once*

es un término que perderá vigencia en la ciudad poco tiempo después. Seguramente en este “aperitivo” participaban un mayor número de personas, todas las que habían asistido a la misa, aunque no hubieran estado invitadas a la ceremonia.

Después de este “aperitivo”, los invitados se retiraron a sus casas “para ponerse el traje negro y ponerse el blanco”. Lo que nos está indicando, como en el caso del baile en casa del prefecto, que terminaba la parte formal y religiosa para dar lugar a una segunda parte más informal y de carácter eminentemente social al que sólo asisten los invitados.

3. El almuerzo

Los invitados regresaron a las 2 de la tarde a la casa de los padres del sacerdote para compartir un almuerzo. En el salón de la casa se ha preparado “una mesa suntuosamente servida, estaba cargada con un cerdo entero, una cabeza de vaca, pavos asados, una serie de manjares sazonados a la española... de un gusto exquisito aunque muy diferente a nuestra cocina francesa”. Este succulento almuerzo se prolongó hasta el atardecer.

4. El baile

Terminado el almuerzo, el padrino de la fiesta invitó a todos los presentes al baile que ofrecía. Es de suponer que se desarrolló en el mismo salón, de donde previamente se desalojó la gran mesa para dar paso a la pista de baile. “Se bailó toda la noche –dice d’Orbigny– y las cosas sucedieron absolutamente de la misma manera que en casa del prefecto²⁵”.

Fiestas cívicas

D’Orbigny coincidió con el festejo del aniversario de la batalla de Ayacucho, que “Bolivia y Perú tienen la costumbre de festejar, en cada ciudad, ese aniversario con toda la pompa posible”. Para este festejo la calle Ayacucho y otras aledañas estaban vestidas de fiesta con banderines, guirnaldas de papeles de llamativos colores y hojas de palmeras. En esta fiesta se pueden distinguir las siguientes fases:

1. Las visitas

La calle homenajada y las adyacentes eran engalanadas con cadenas hechas de papel de colores y hojas de palmera. En la mañana el prefecto y sus acompañantes visitaban las casas de todas las damas de la calle festejada. En cada una de estas casas se había preparado una rica mesa “abundantemente servida de bombones y licores”.

2. Juego de sortija

A las 3 de la tarde la calle Ayacucho se convirtió en un campo hípico en el que diestros jinetes, al compás de la música, intentan llevarse el premio mayor. La calle se llenó de vecinos y se inició el *juego de sortija*. En este juego los jinetes se lucen mostrando sus cabalgaduras y tratan de mostrar su destreza para acertar en la sortija. Tenían que ser buenos jinetes y expertos en la sortija, pues se trataba de arrancar un pequeño redondel con un agujero en el medio, traspasándolo con un puntero, mientras cabalgaban a gran velocidad. Cuando se proclama al vencedor, “el feliz mortal recibía de manos de una señorita de la familia Velasco un lazo de cintas que le ataba al brazo como señal de distinción”. Por supuesto que habían muchos vencedores, pero no por eso el premio era menos codiciado. Esta actividad duraba toda la tarde.

3. El baile

Por la noche el prefecto ofrece en su casa un baile en conmemoración de la fecha histórica. La apertura del baile, con una *contradanza*, está a cargo de los ganadores del premio en el juego de sortija; éstos atan “su lazo de cintas en el brazo de la joven con quien bailaba, lo que convirtió en motivo de envidia para las mujeres que no lo obtuvieron”. El baile sigue los mismos pasos que se han mencionado antes²⁶.

Fiestas populares

Una buena parte de las fiestas populares tiene origen religioso. D’Orbigny mencionaba varias: la fiesta de San

Andrés, que se caracteriza por guerra de limones, juego que se extiende hasta carnaval; navidad; los santos inocentes. Sin embargo, de la que hace una descripción más amplia y que al parecer tenía una gran importancia en la vida de la ciudad es la *fiesta de la Cruz*, que tiene lugar el 3 de mayo, y que en el lenguaje popular se conoce como el *velorio de la cruz*. El autor da a entender que esta fiesta no se realiza sólo en la ciudad, sino que también en las provincias.

La ciudad se llena de altares que los cruceños visitan durante el día. Estos altares tienen “una sencilla cruz de madera, flores, frutas y legumbres de toda especie son la única decoración; aquí guirnaldas entremezcladas de flores brillantes de las llanuras y de los bosques, de ramas de diferentes frutas salvajes unidas al naranjo y al limonero cultivado; allí los más voluminosos gajos de bananas, dignos de la tierra prometida, los ananás, las sandías más suculentas o las más grandes raíces azucaradas o la mandioca harinosa. Los insectos también aportan su tributo: los pasteles de la avispa de miel (*chiriguana*) figuran, al lado de los nidos aromáticos de las pequeñas abejas (*señoritas*), productos lentos de un penoso trabajo”. Esta descripción recuerda mucho lo que los cronistas jesuitas cuentan de la procesión de Corpus Christi en Chiquitos. El autor opina que resulta mucho más agradable la visita a estos altares en la tarde.

El que participa en esta fiesta se encuentra a cada paso “juegos y baile”. Las visitas se adentran en la noche y la fiesta se cierra “con el reparto entre los asistentes de los adornos de la cruz²⁷”.

El carnaval

D’Orbigny que tiene un buen conocimiento de la Sudamérica de su época afirma que “el carnaval en Santa Cruz es mas o menos igual que en otras partes de América”. Es una fiesta en la que durante tres días se realiza la siguiente actividad.

- a. Los caballeros montados a caballo recorren las calles de la ciudad. “Todos descienden delante de cada casa, y provistos de polvos de diversos colores, comienzan una lucha encarnizada con las damas, para colorearles el rostro. Pronto se ve correr a las mujeres despeinadas, con las ropas en desorden, la cara pintada de diversos colores, atacar o defenderse de los ataques, gritando, riendo a su vez o arrojando pequeños limones a la cabeza de los hombres”.
- b. Por las noches vuelve la actividad. Nuevamente los hombres a caballo recorren la ciudad, pero esta vez

van “a cantar canciones de circunstancia a la puerta de algunos personajes excepcionales”. Esta actividad, que está abundantemente rociada por licor, dura hasta las 10 de la noche.

- c. El martes los jinetes llegan hasta un arroyo en la zona del Pari, que está en las afueras de la ciudad.
- d. Cuando d’Orbigny vio el carnaval el día martes coincidió con la fecha del aniversario “del juramento de la constitución boliviana”. Curiosamente, en pleno jolgorio carnavalero, se realizaron algunas “reuniones serias” para conmemorar el acontecimiento²⁸.

Aunque se sabe que el carnaval llegó hasta Santa Cruz de la Sierra con los españoles, pues hay algunas ordenanzas del siglo XVII que hablan de él, esta es la primera descripción que de él se hace. Se trata, sin lugar a dudas de una fiesta elitista y machista. Elitista porque en ella participan activamente sólo aquellos que pueden contar con un caballo; machista, porque los protagonistas son hombres, mientras que las mujeres son parte de la diversión. Sin embargo, aquí, como en el caso de los bailes, estas fiestas se “socializan” a través de los “mosqueteros”, de los que se hablará más adelante.

PARA COMPRENDER MEJOR LA FIESTA

Para comprender mejor la fiesta que estos dos franceses nos muestran es preciso, finalmente, analizar tres elementos que juegan un rol muy importante: la música, la moda y, lo que hemos dado en llamar, “los mosqueteros”.

La música

A pesar del aislamiento al que estaba sometida la ciudad llegaban hasta ella, con mucho retraso por cierto, la moda imperante en Europa y el resto de América. Como ya se ha señalado, en los bailes se practicaban una gran diversidad de danzas: *contradanza*, *vals*, *minué*, *mariquita*, *gavota*, *ondú*, *chamba* y *guachambé*. Al respecto Castelnau hace el siguiente comentario: “El prefecto del departamento, gran bailarín, había importado de la capital algunas contradanzas dichas francesas y, desde su llegada, su principal ocupación consistía en difundir entre sus administradas este peculiar beneficio²⁹”.

Estas danzas eran interpretadas por una orquesta local. D’Orbigny habla de una orquesta compuesta de “unos veinte músicos, sacados momentáneamente de la iglesia³⁰”; Castelnau por su parte dice que está compuesta “por varias guitarras tocadas por desertores brasileños³¹”. Sin lugar

a dudas una vez más Castelnau no es objetivo en sus apreciaciones sobre lo que ve en la ciudad. Se sabe que la actividad musical de las misiones jesuíticas de Chiquitos alimentaron la actividad musical de Santa Cruz de la Sierra, por tanto es razonable pensar que la orquesta estaba formada por músicos provenientes de la iglesia donde prestaban sus servicios. De acuerdo a ello se puede presumir que esta orquesta estaba formada por violines, guitarras, vientos y percusión.

La moda

No cabe duda que el joven d'Orbigny quedó prendado de las cruceñas desde el primer momento. “No reconocí al principio –dice después de asistir al primer baile en la ciudad– a ninguna, por estar acostumbrado a verlas con el cabello cayendo a la espalda, en dos trenzas (*partidos*), atadas con cintas, mientras que entonces las veía con el peinado levantado, adornado con dos peinetas, flores, perlas finas y hasta diamantes; el resto del vestido, en todo a la francesa, me impresionó por su lujo³²”. Esta información llama mucho la atención, sobre todo si tenemos en cuenta la gran pobreza en la que se debatía el departamento y su ciudad capital, amén de su aislamiento. Castelnau, por su parte, dice que “la moda era el único código civil que admitía esta sociedad femenina; así ellas estudiaban las imágenes del *Periódico de Modas*, que llegaba a Santa Cruz luego de dos o tres años de viaje...” Y más adelante este autor relata la forma en la que, en medio de tanta pobreza, las cruceñas se ingenian para lucir bellas y renovadas: “Es imposible describir los esfuerzos poderosos que hacen estas mujeres para llevar un nuevo vestido a cada baile; prefieren trabajar días y noches enteros, antes de ir dos veces con el mismo vestido. Esta vestimenta, cortada y vuelta a cortar veinte veces, siempre tomará, bajo la habilidad de sus ágiles dedos, una nueva apariencia: lo que ayer era una falda, mañana será una blusa; después, peculiares métodos de tintura harán que el conjunto adopte un aspecto diferente, e ingeniosos intercambios, lograrán despistar definitivamente a los curiosos. Si bien la forma de seguir exactamente el código de la moda, la pobreza de la región da completa libertad en lo que a la tela se refiere. Las telas más ordinarias son cortadas en vestidos de baile; pero todas las cruceñas hablan del vestido de seda que poseyeron y del vestido de terciopelo que próximamente recibirán de la capital³³”. Nótese que, a diferencia de su compatriota, Castelnau en ningún momento dice que las cruceñas sean elegantes.

Pero volvamos al joven y entusiasta d'Orbigny que afirma que la moda que siguen las cruceñas es la francesa,

aunque “llega con unos años de retraso”. Las mujeres mayores, “de treinta a cuarenta años”, “cuando no van vestidas de negro se tocan con una mantilla de encaje negro y llevan una pollera del mismo color cuyo ruedo bordean anchas cintas de colores chillones”. El agudo observador fue más allá, pues inquirió sobre el vestido femenino antes de la guerra de la independencia, que, según él, “era notable por su elegancia y riqueza”. “El traje llamado *naguas* –dice– ya no se usa actualmente, pero las mujeres de edad lo conservan como recuerdo; obtuve uno completo y lo reproduje en mi atlas. Se componía de una pollera llamada *naguas*, hecha de tela calada en bandas que alternaban con bordados de lana de color muy vivo; el ruedo terminaba en anchas puntillas. Completaba el resto una camisa también bordada y adornada con puntillas en las mangas y en el cuello, con aplicaciones de terciopelo carmesí bordado de oro, en el pecho y atrás. Además, las mujeres usaban enormes cruces de oro y dejaban caer su cabellera en dos trenzas entrelazadas con cintas de color”. El autor termina esta descripción lamentando que las cruceñas hubieran dejado de lado este bello atuendo por seguir los dictados de la moda francesa. Castelnau también se refiere a este tema. “El antiguo traje –dice– está completamente abandonado; éste era notable por su riqueza; los vestidos eran auténticos montones de trencillas de oro³⁴”.

Finalmente, d'Orbigny dice que también los hombres siguen la moda francesa. Además, ya hemos visto que los hombres tienen el traje de etiqueta, que sigue rigurosamente lo que manda París, y un traje adaptado al medio, mucho más fresco y ligero³⁵.

Los “mosqueteros”

La fina sensibilidad de d'Orbigny le llevó a reparar en un elemento muy importante y que debe ser considerado como parte de la fiesta en el oriente de Bolivia. Se trata de los curiosos que merodean las fiestas; no participan en ella, pero conocen todo lo relacionado con la vida de los que sí participan. Este elemento ha perdurado en la ciudad hasta mediados del siglo XX; es decir, mientras la ciudad fue pequeña, pero se fue perdiendo en la medida en que creció desmesuradamente. Popularmente se los conoce con el nombre de *mosqueteros*, pues son los que *mosquetean* (contemplan, miran) las fiestas.

D'Orbigny hace la siguiente relación de este elemento tan interesante: “Durante el baile las puertas y ventanas están abiertas a una ancha galería, donde se aglomeran todos los curiosos de la ciudad, hombres, mujeres, criados, mulatas y negras, sin que se los pueda impedir, habiendo

la costumbre consagrado este hábito. Nada más original que la conversación de esta extravagante aglomeración. Cada uno expresa en alta voz sus reflexiones sobre los bailarines y bailarinas que se suceden en la mariquita; sucesivamente son puestos en el banquillo, sea por su aspecto exterior, sus modales, sus relaciones y hasta sus intrigas. Sus ridiculeces son pasadas en revista de una manera tan ingenua como espiritual, a menudo con refinada maldad, siempre con rodeos cuya picaresca alegría me permitió juzgar el carácter nacional”. El autor concluye diciendo “supe más, en un instante, de la vida privada de todo el mundo, que lo que podría haber aprendido en un año³⁶”.

EPÍLOGO

Santa Cruz de la Sierra era una fiesta en el primer tercio del siglo XIX cuando la visitó d’Orbigny. Una fiesta que disimulaba la extrema pobreza y el aislamiento en el que vivía la ciudad. Una fiesta que de ninguna manera significa abandono del trabajo, pues la ciudad, a pesar de la pobreza y la lejanía de los centros de poder, ha sobrevivido por su propio esfuerzo.

Cuando nos adentramos en el siglo XXI y la ciudad se ha convertido en la capital económica del país y en la más populosa, *Santa Cruz de la Sierra sigue siendo una fiesta*. La alegría sigue siendo una característica de cruceño, que ha convertido el carnaval en su *fiesta grande*, que año tras año canta un clásico de la música carnalera: “*Cuando muera el carnaval / yo con él quiero morir...*”

NOTAS

- 1 CÉSPEDES, GUILLERMO, *La conquista*. En: *Historia de América Latina I*. Alianza. Madrid, 1985. Pgs. 269-270.
- 2 Ibid. Pgs. 278-279.
- 3 SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO, *La Edad Media española en la empresa americana*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1983.
- 4 FUENTES, CARLOS, *Todos los gatos son pardos*. Siglo XXI. México, 1970. Pgs. 173-176.
- 5 En: HOFFMANN, WERNER, *Las misiones jesuíticas entre los chiquitanos*. Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Buenos Aires, 1979. Pgs. 192-193.
- 6 D’ORBIGNY, ALCIDES, *Viaje por tierras cruceñas*. UPSA. Santa Cruz de la Sierra, 1999. Pg. 105.
- 7 Ibid. Pgs. 109-110.
- 8 Ibid. Pg. 103.
- 9 CASTELNAU, FRANCIS DE, *En el corazón de América del Sur (1843-1847)*. Los Amigos del Libro. La Paz-Cochabamba, 2001. Pg. 77.
- 10 Ibid. Pg. 77.
- 11 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. Pg. 53.
- 12 CASTELNAU, FRANCIS DE, Op. cit. Pg. 81.
- 13 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. Pg. 104.
- 14 Ibid. Pg. 110.
- 15 CASTELNAU, FRANCIS DE, Op. cit. Pg. 78.
- 16 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. Pg. 51.
- 17 CASTELNAU, FRANCIS DE, Op. cit. Pg. 78.
- 18 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. Pg. 53.
- 19 Ibid. Pg. 54.
- 20 Ibid. Pg. 80.
- 21 Ibid. Pg. 54.
- 22 Ibid. Pg. 54.
- 23 CASTELNAU, FRANCIS DE, Op. cit. Pg. 80.
- 24 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. Pg. 80.
- 25 Ibid. Pg. 56.
- 26 Ibid. Pg. 57.
- 27 Ibid. Pg. 86.
- 28 Ibid. Pg. 81.
- 29 CASTELNAU, FRANCIS DE, Op. cit. Pg. 78.
- 30 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. Pg. 51.
- 31 CASTELNAU, FRANCIS DE, Op. cit. Pg. 78.
- 32 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. Pg. 51.
- 33 CASTELNAU, FRANCIS DE, Op. cit. Pg. 80.
- 34 Ibid. Pgs. 80-81.
- 35 D’ORBIGNY, ALCIDES, Op. cit. 104.
- 36 Ibid. Pg. 53.